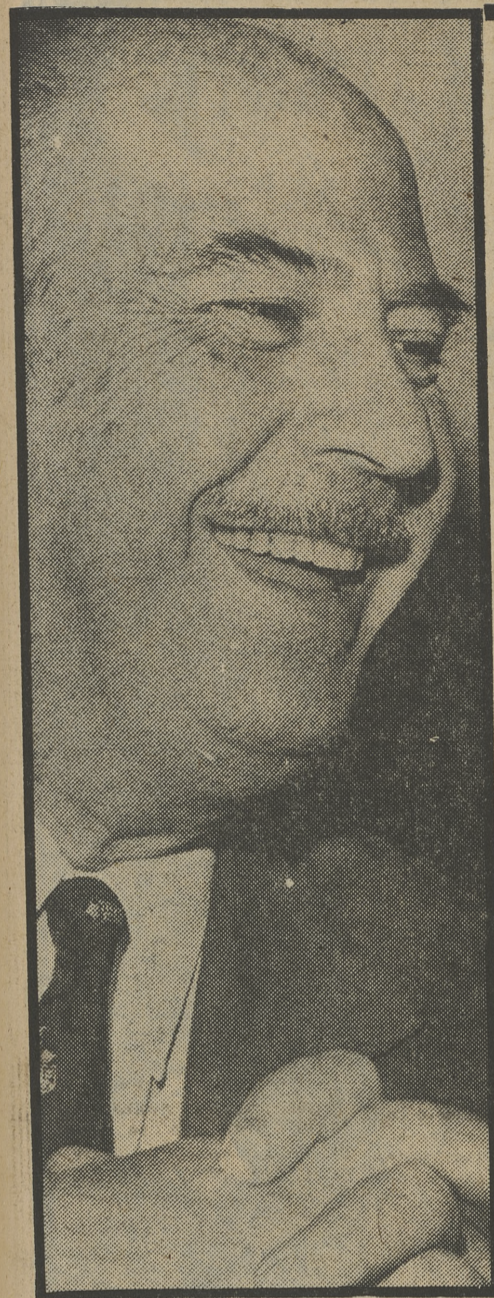


Pueblo literario



COLABORACION DE GUILLERMO DIAZ-PLAJA

• Con su antigua rúbrica "La ventana de papel"

«En la reclusión de unas horas muy duras, apenas luminosa la rendija de la esperanza, el escritor se sentía consolado porque veía el mundo a través del rectángulo de su cuartilla, a través de la rejilla de la página impresa. Por allí entraba aire fresco y música antigua y alegría de futuro.» Estas líneas figuran con unas pocas más como introducción a la colección de ensayos que Guillermo Díaz-Plaja publicó en 1939 en un libro que se titulaba «La ventana de papel». Aquella rúbrica de su reaparición en la posguerra volverá a signar ahora —desde el próximo miércoles— nuevas singladuras en cuartillas para este suplemento literario de PUEBLO, cuando el ensayista, poeta, periodista, profesor y académico de la Lengua ha levantado, con la incesante cuartilla-ventana de su contemplación e interpretación de paisajes, figuras, obras de la literatura y el arte, movimientos culturales del pasado, del presente y con indicaciones de futuro, una ingente nómina de libros que figuran en la primera línea del mejor ensayismo literario de nuestro siglo, al que hay que recurrir constantemente, al tratar los temas más polémicos y sugestivos de la crítica. En estas páginas, pues, van a ofrecerse en caliente, a través de esta sección, algunos de los resultados de las reflexiones, investigaciones e intuiciones de cada día, que su pluma transmite convirtiendo el apunte, la nota periodística en creación literaria, en escritura que se muestra, como diría Julián Marías, en «calidad de página».

Gran novedad de la semana

EMILIO PRADOS

«POESIAS COMPLETAS»

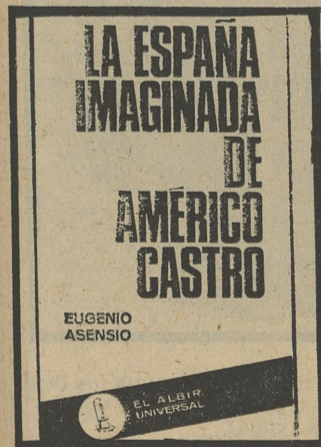
■ En el lugar que le corresponde, ante el lector español

La Biblioteca de Autores Modernos de Aguilar nos trae una novedad de primer rango literario: la publicación de «Poesías completas» de Emilio Prados, muerto en su exilio mejicano, lejos de la Málaga natal, que estuvo siempre presente en su espíritu. Realizan esta edición en dos volúmenes Carlos Blanco Aguinaga y Antonio Carreira, que dicen al comenzar el prólogo: «De 1923 a 1962, Emilio Prados escribió incesantemente. Sin embargo, es tal vez el menos conocido de los grandes poetas de la generación del 27. Ello por razones muy diversas: porque su poesía de madurez, casi toda la escrita en Méjico, resulta a menudo hermética y, además, apenas se ha difundido en España, porque su a veces magnífica poesía social y política de los años treinta y de la guerra civil ha corrido la suerte de casi toda la poesía política y social de aquellos tiempos; porque durante su primera época (1923-1929), cuando sus compañeros de generación —a quienes él editaba en Litoral— se habían ya dado a conocer ampliamente, él prefirió publicar muy poco de lo

que escribía. Así ha resultado difícil, tanto para el simple lector aficionado como para el crítico profesional, situar a Prados donde siempre estuvo: junto a Alberti, Gerardo Diego, Guillén, García Lorca, Aleixandre, Salinas, Cernuda—, es decir, en el privilegiado lugar que le corresponde en uno de los momentos cimeros de la historia de nuestra poesía.»

El trabajo de los editores, con quienes han colaborado familiares, amigos y admiradores del poeta, ha conseguido una ordenación y revisión total de su obra, incluyendo muchos poemas dispersos, dejando versiones y manuscritos y fijando, hasta donde les ha sido posible, la cronología más exacta de los mismos.

Sin tiempo para un comentario, que prometemos publicar en breve, queremos hoy, sencillamente, iniciar las páginas de este suplemento con la noticia, que estamos seguros será recibida jubilosamente por todos los aficionados a nuestra poesía y los estudiosos de ella.



AMERICO CASTRO, CONTESTADO POR EUGENIO ASENSIO

La obra de Américo Castro ha tenido ingentes influencias en la investigación histórica y en la crítica y creación literaria de nuestro país y tiempo. Cruce de intuiciones geniales, apriorismos teóricos y exageradas filosofías de la historia, la obra de Américo Castro es situada por Eugenio Asensio en su verdad, liberando del hecho en que ella puso, para imponer sus ideas a la investigación y la ciencia de la historia. Resultado: salvando las valiosas sugerencias de Castro, señalando sus posibles vías de verificación y, tras rendir homenaje a la sensibilidad literaria y a la perspectiva apasionada del autor, Eugenio Asensio dilucida con erudición y sagacidad toda una serie de importantes cuestiones inconvenientemente enfocadas en «La realidad histórica de España», obra crucial de Castro. El libro de Asensio —editado por El Albr Universal— se titula «La España imaginada de Américo Castro».

J. A. U.

LA DROGA, EN LA LITERATURA

2 LIBROS EN PUNTA

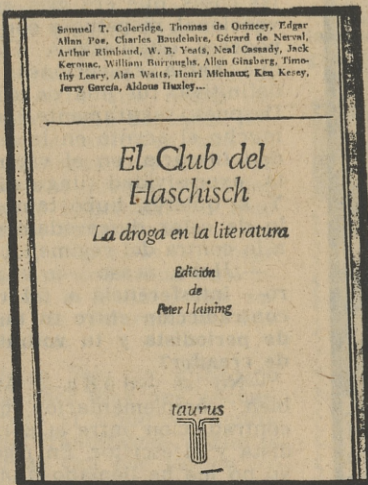
Distintas opiniones sobre sus efectos en geniales escritores a quienes terminó por destruir

La editorial Taurus acaba de publicar una antología comentada de autores que han escrito de o desde la droga. Se trata, tal vez, de la edición más completa y de más inéditos textos acerca de la literatura adicta a los «paraísos artificiales» y ha sido dividida en dos grandes apartados por su recopilador, Peter Haining. La primera parte abarca los orígenes de la tradición moderna de acercamiento a la droga y desfilan por ella textos ensayísticos o creativos de 13 autores, desde Coleridge hasta Aleister Crowley. Destacan entre estos textos: «Sueño fugado», de Thomas de Quincey, el ya conocido «Un cuento de las montañas escarpadas», de Poe; el magnífico «La habitación doble» en el que Baudelaire recorre cumbre y abismo del láudano, y «La estrategia», relato de corte cabalístico de Aleister Crowley. El segundo apartado se titula «La era psicodélica»: de Huxley a Lennon y recoge textos de los patriarcas de la contracultura (Neal Cassady, Jack Kerouac, William Burroughs, Allen Ginsberg, Timothy Leary, Alan Watts), para terminar con las versiones del viaje de John Lennon, El Ropo o Jerry García, y un ensayo entre filosófico y místico de Adous

Huxley. Ahora que la droga —quiere o no— lleva camino de convertirse en un larvado artículo de consumo, al menos en sus componentes «blandas», resulta interesante este abanico de relatos y reflexiones que muestran el impacto producido en algunos de los representantes más agudos y críticos

de nuestra cultura, a varios de los cuales, además, la alianza con la droga terminó por destruir.

«Versión inmensamente más convincente de la realidad»; «Apocalipsis continuamente cambiante»; «El hachis no revela al hombre más que lo que es»; «He probado la vida del hachis, la del opio, la de la cocaína, la del éter, la de la heroína, ninguna de ellas me retuvo ningún momento o se interfirió con cualquier otra de mis vidas»; «Tanto mi vida como mi entendimiento se beneficiaban considerablemente de los alucinógenos; un uso más difundido de estas drogas conduciría a mejores condiciones de trabajo en todos los niveles»; «Cuando viajas, penetras en internos corredores, entras dentro del corazón, naturalmente, te encontrarás con viejos sentimientos que no sabías estuviesen allí y fuesen tan para sentirse avergonzados»; —he aquí unas fugaces ráfagas entresacadas del libro, que reflejan el variopinto resultado de la experiencia con las drogas que, tal y como se ha dicho, son tan viejas como la misma humanidad hasta el punto de que los estados de conciencia que provocan se hallaban en el nacimiento de la religión o del arte.



ENCUENTRO CON BALTASAR PORCEL

«Caballs cap a la fosca», novela que fue Premio de la Crítica y Premi Prudenci Bertrana, aparece ahora en castellano con el título —ligeramente variado— de «Caballeros hacia la noche». Su autor, Baltasar Porcel, no se ha limitado a traducir el texto catalán; ha transcrito la mera versión y recreado su novela catalano-mallorquina a la lengua de Cervantes. Con tal motivo, Santos Amestoy ha mantenido una conversación con el escritor —a la que en recuerdo de sus entrevistas en «Destino» llama «encuentro»— a cerca de la novela y las dos versiones —una y trina— y las vertientes periodística y literaria del propio Porcel.

Su última novela "Caballos hacia la noche" no es una versión castellana de "Caballs cap a la fosca", sino una recreación

ENCUENTRO CON BALTASAR

PORCEL ■ «Los mejores prosistas en castellano han sido bilingües»
 ■ «Demasiado periodismo me ahoga y demasiado poco me adormece»
 ■ «"Caballos hacia la noche" es mi mejor -o menos mala- novela»

BALTASAR Porcel se situó, ya en la pasada década, en un lugar muy destacado de dos actividades —tan complementarias como se quiera, pero diversas, la creación novelística y el periodismo. Todavía se recuerdan sus crónicas de viajes y, de manera especial, las entrevistas —que englobó con el título genérico de «encuentros»— en las que despojaba de tópicos u ocultaciones a más de un personaje del precario olimpo desarrollista de aquellos años. Al mismo tiempo, aportaba a la litera-

tura catalana novelas, que luego iban siendo traducidas al castellano y que se llamaban «Sol negro» (1960, premio Ciudad de Palma), «La luna y el velero» (1963), «Los alacranes» (1965), «Los argonautas» (1967), premio de la crítica Catalana), «Difuntos bajo los almendros en flor» (1970), premio Josep Pla; premio de la crítica catalana) y «Caballs cap a la fosca» (1976, premio Prudencio Bertrana y premio de la crítica de toda España y de la catalana).

do lo contrario; sin el catalán en la escuela y en los libros, la cultura sufre el más duro de los golpes.

Quizá adivinando la fascinada perplejidad que a los castellanohablantes nos produce el interlingüismo, presente en los escritores catalanes, me recuerdo que el escritor siempre ha sido, por lo menos, bilingüe. Lo fueron los escritores de la Edad Media y el Renacimiento, que sabían latín y castellano, por ejemplo, o catalán y provenzal. «El escritor monolingüe, el castellano —me espeta—, es un producto político.» Y ante el reconocimiento de su excelente prosa castellana en «Caballos hacia la noche» afirma, triunfal, que los mejores prosistas castellanos han sido bilingües, y me cita a Valle Inclán, a Azorín, a Gabriel Miró, a Unamuno... Después me habla de las diferencias entre la literatura catalana y la castellana.

—No hemos conocido —habría de decirme—, o apenas, las grandes modas castellanas de este siglo: el noventa y ocho, la novela erótica, el intelectualismo del veintisiete o el populismo lorquiano, el momento fascista, el realismo social... Ni esta compactidad prosística de la última marea. Seguimos más una línea semejante a las de Francia o Inglaterra: poesía moral, simbolismo, la novela entendida como recreación de actitudes y espíritu del hombre... Yo mismo me reconozco más cerca de la novela anglo-americana que de la española: Conrad, Hemingway, V. Woolf, Faulker, Melville, Joyce... Aunque, claro, Baroja y Valle Inclán y «La regenta» me parecen cosas muy serias, mucho.

PERIODISTA EN LOS AÑOS SESENTA

Como al principio se recordaba, Porcel es escritor de dos vertientes. De su labor periodística hay que recordar que le tocó ser testigo de las mutaciones producidas durante los años sesenta. Pero, al mismo tiempo, irrumpía en el campo de la información con unas maneras, un tono y unas inflexiones cuya novedad no pasó desapercibida.

—Quizá —aclara— al periodismo de los años sesenta aporté una visión crítica e irónica que contrastaba con la forma general de explicar las cosas, que era gris, convencional, respetuosa con los poderes establecidos. Claro que había excepciones: en definitiva, fui una de ellas. Después, seguramente, puse mucho el acento en la calidad literaria, en el vigor y la expresividad lingüística. Y, si quieres, hubo también lo de estar descaradamente a la contra del régimen...

—¿Hubo, acaso —le sugiero— interferencia o, tal vez, contradicción entre tu tarea de periodista y tu voluntad de creador?

—No sé —duda—. Más bien, complementación que contradicción entre el periodista y el escritor. En rigor, yo no me he llamado nunca periodista y, si te he de decir la verdad, me molesta ligeramente que lo hagan. Y

toda o parte de su producción el mismo poema, el pintor el mismo cuadro y el narrador la misma aventura. En segundo lugar, pues, se desprende también que al haber sido repetida la novela, pero en otra lengua, se destila una nueva creación, un nuevo legado del autor que, en este caso, afecta a la prosa castellana.

La novela —catalana y castellana— de Porcel es una inmersión en el tiempo desde la profundización en las raíces del presente. El narrador está en París y las referencias a las instancias de la vida cotidiana se mezclan con la investigación sus antecedentes genealógicos, que se remontan hasta tres siglos atrás, pero cuya existencia es evocada desde la vivencia particular del paisaje y el entorno balear y mediterráneo, común a sus antepasados y a él mismo. Qué pueda ser lo temporal y qué lo esencial es también en la novela de Porcel la sustancia de su indagación; sólo que la distancia entre ambos extremos se dilata en una distensión de la memoria, merced a la cual se hace todavía más problemático el sentido de la vida y el de la propia identidad. Por lo que respecta a la prosa castellana de Porcel, bastenos decir que «Caballos hacia la noche» está escrita en un castellano exquisitamente trabajado, sensual y barroco: una de esas ocasiones del idioma en las que la cuidada asociación de sonoridad, léxico, contigüidad y forma de afectar al significado hacen resplandecer a las palabras por sus facetas más plásticas.

Porcel me habla al comienzo de este encuentro, le importa dejarlo bien claro, del esfuerzo de recreación que ha significado su traslado al castellano de «Caballos hacia la noche». «La novela estaba ahí; he tomado su alma y la he vuelto a contar en castellano. No bastaba la mera traducción, porque a veces, determinadas palabras que en una lengua tienen un sentido, en otra, particularmente si se trata de lenguas relativamente próximas, adquieren en el contexto un tono enfático que no se pretendía o al revés. Cada lengua tiene su espíritu propio, y requiere un esfuerzo específico.» A continuación me cuenta su particular manera y su experiencia de llegar a ser un escritor bilingüe. El castellano fue su lengua culta, frente a la lengua propia y coloquial que era el catalán. Después hubo de apropiarse de la capacidad de escribir en catalán, y finalmente, de convertir el castellano, de idioma para leer, en idioma para escribir. «Al principio —confiesa—, lo que escribía en castellano me sonaba mal. Tuve que encontrar un sonido.» La reapropiación del catalán, como en tantos escritores connacionales, obedeció a una razón política: si el castellano había suplantado en Cataluña, por mera decisión autoritaria, el puesto cultural que al catalán correspondía, los escritores catalanes debían enriquecer la cultura de su pueblo, legando a su idioma sus creaciones literarias. No cree, al revés que otros catalanes, que la represión de la lengua, por reacción defensiva, haya fomentado un renacimiento del catalán, sino to-



no porque menosprecie esta profesión —¡imagina!—, sino porque lo que soy, en verdad, es un escritor entre cuyo trabajo está el de escribir para los periódicos. Lo cierto es que demasiado periodismo me ahoga y demasiado poco me adormece: en cualquiera de los dos casos se resiente mi labor de escritor. Debo equilibrarla. Porque, además, sin escribir para la Prensa, sin su cálida inmediatez, no puedo vivir.

—¿Qué fueron los años sesenta en España?

—Fueron los años de la distensión política y moral, y los de la recuperación económica. Se perdió el miedo, se comenzó a tomar la pildora; se comió hasta la hartura; con el coche, la televisión y la nevera eléctrica, la vida familiar cobró nuevo impulso, fue más divertida, perdió la tenebrosidad que la caracterizaba... Empezamos a vivir a un ritmo internacional.

(Pasa a la página 31)



Escribe:
SANTOS
AMESTOY
Fotos: OTERO



Barcelona ciudad del libro

CRONICA DE CARLOS DE ARCE

EL FRAUDE Y LA AVARICIA

EN el mundo del libro existen anécdotas de todos los calibres. Los plagios y los fraudes no se dan muy a menudo, pero cuando salen es cosa de reírse. Ahora, con la moda de los libros sexuales, unos grandes almacenes compraron a un seudodirector una serie de títulos (pongamos diez: la mitad en cartóné, y la otra mitad en rústica). Los títulos, cada uno de autor desconocido, tienen semejanza con otros ya aparecidos en otras editoriales, y hasta es posible que de ellos haya salido buena parte del texto. No lo he comprobado; pero sí he visto que tienen cierta semejanza dos a dos. Si uno se llama Vida sexual a los 50, el otro es El sexo a los 50. Una gota de agua igual a otra. Lo más curioso del caso radica en que uno y otro son el mismo: en impresión, en palabras y en calidad.

Según dicen hay tres libros con seis títulos. Pero la maravilla llega poco después, cuando un famosísimo semanario, que alardea de tirar el medio millón de ejemplares, publica un anuncio con los mismos títulos de dichos libros. En los grandes almacenes sólo cuestan 59 pesetas, y los del anuncio, 300. Y todo porque les han pegado unas fotos entre el texto. ¡Los hay picaresos de verdad!

LOS PERROS

ALFRED Hitchcock ya llevó a la pantalla una novela sobre el terror y la revolución que pueden causar los pájaros enfurecidos. Daphné du Maurier escribió el relato. Otro norteamericano escribió una curiosa e interesante historia, protagonizada por unos conejos rebeldes también, que constituyó una auténtica epopeya del reino animal. Los conejos llegaron a la colina, como a la tierra prometida.

Ahora, y dado que están proliferando por todas partes bandas de perros vagabundos, que se vuelven salvajes y agresivos, que atacan a quienes siempre fueron sus fieles amos; otro norteamericano, se oculta bajo el seudónimo de Robert Calder, revive una experiencia que podría ser un próximo futuro. Los perros ya no son los fieles amigos del hombre, sino que deformados por esta contaminada civilización actual; viendo que el hombre transforma sus propias leyes, casi líricas y sentimentales, en un mundo egoísta y sin piedad, el perro opta por la supervivencia en una rebelión feroz y sanguinaria.

El relato, escalofriante, atenaza al lector, que sigue esas reacciones casi humanas del animal, huido al bosque, para convertirse en líder de una jauría que lucha por la supervivencia.

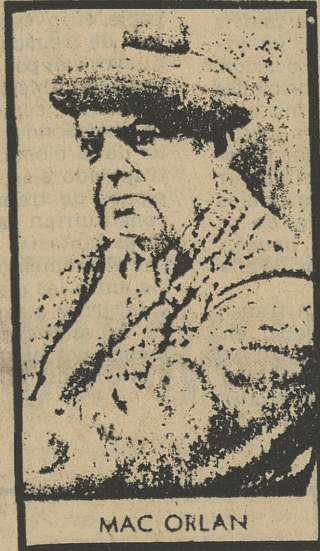
Es muy posible que el autor sólo haya pretendido llamar la atención sobre la transformación de los fieles amigos del hombre en esas feroces bestias, que de vez en cuando atacan a poblaciones, en sus incursiones como vulgares manadas de lobos hambrientos. Sin embargo, en el relato va implícita una parábola, que recuerda siempre el comportamiento descreído, deshonroso y brutal que lleva el hombre en nuestro mundo civilizado. Y cabe pensar

entonces, ¿son los perros que se vuelven fieras, o somos los hombres quienes dejamos de ser el homo sapiens de tanta historia?

La obra, llena de tensión y vigor, es un exponente más de las denuncias que se plantean a diario en nuestra dura y escéptica sociedad. Lástima que Martínez Roca, el editor, no haya acertado la portada. Ilustraría mucho mejor a una enciclopedia canina.

PIERRE MAC ORLAN: «EL MUELLE DE LAS BRUMAS»

EN esa línea tan definida que ha iniciado las Ediciones del Cotal, tan inconfundibles y, por lo visto, ya muy apreciadas en el mer-



MAC ORLAN

cado, ha salido un tercer título. El muelle de las brumas, vieja historia de un Pierre Mac Orland, de afamada raigambre bohemía parisense y aventurera. Amigo de Carco, Apollinaire y Picasso, este autor ganó merecida fama con esta conmovedora novela. Quizá lo que más trascendencia le dio fue la inolvidable película, dirigida por Marcel Carné e interpretada por Jean Gabin, Michele Morgan y un Michel Simon, tan rememorados como incalificables en el recuerdo.

Esta novela narra la vida sordida y sin sentido de un hombre acabado, Juan Rabe, que interpretado por Gabin le hizo famoso en el cine. La temática se aleja del resto de la producción de Mac Orland. Casi podría decirse que es una autobiografía, en la que se desnuda en un enfrentamiento feroz y violento con la realidad que rodea al hombre moderno. Pesimista hasta la desesperación, humana, cálida hasta el paroxismo, Mac Orland retrata a un personaje que no busca su desintegración física ni moral, como podría ser y de hecho hacen los protagonistas de Viaje al fin de la noche, de Céline, y Malore, muere, de Beckett. Rabe es un marginado, su miseria y su desesperación son condición de su vida, y los personajes que le acompañan en esta fascinante novela son parte integral de toda su condición de vida. Seres anónimos que sólo buscan un trago, un poco de pan y paté para comer y una cama donde dormir.

Leyéndola recordé un conmovedor cuento leído hace años; menos de los que tiene la novela y la película que se titula En una noche así, primicia de uno de nuestros académicos.

SIN DERECHO DE REPLICA

CARTA A DON JUAN

(Respuesta al artículo del Sr. Aranzadi sobre feminismo y movimientos feministas)

Ocupa hoy el habitual espacio de nuestro compañero Juan Aranzadi, la respuesta de una lectora —«feminista convencida»— a su artículo: «Feminismo machista», publicado en uno de nuestros números anteriores. La próxima aparición de Juan Aranzadi será bajo el rótulo de una nueva sección que se llamará «Para leer...» y que, como su nombre indica, tratará de ofrecer el marco técnico en el que leer o interpretar un libro, un hecho de la cultura o ambos objetos a la vez.

«Muy señor mío:

Ante todo debo confesarle mi enajenación y estupidez mental, ya que soy feminista CONVENCIDA, de lo que se deduce:

1.º Sé por qué soy y tengo que ser feminista.

2.º Comprendo, por ser mujer, cuál ha de ser mi lucha primera, básica y fundamental (y digo primera y básica, no definitiva ni final).

3.º Me resulta denigrante la explotación del hombre por el hombre (y cuando digo hombre me refiero también a la mujer), pero me identifico claramente con la opresión de la mujer por el hombre y la sociedad, opresión que es doble en el caso de la mujer trabajadora. ¿Cuál será la causa de esta identificación? ¿Será por una razón tan simple y tan absurda como la de haber nacido mujer? ¿Será porque pertenezco al sexo que durante miles de años ha sido oprimido, postergado, humillado, discriminado, incluso negado? ¿Será porque todo eso lo siento en mí y veo que todas las mujeres también lo sufren cada día? ¿Será eso lo que me impulsa a mí y otras mujeres a ser miembros activos de movimientos y organizaciones feministas para lograr, en primer lugar, la emancipación total de la mujer? Lo que no es son casos aislados ni productos de la casualidad. No hay movimiento sin causas y sin consecuen-

cias. Usted habla de cosas tan abstractas como el fantasma del hombre y el fantasma de la mujer, usted adopta una postura escéptica, estática, nihilista y derrotista, piensa con la mente de la acracia antitodo y yo en contra de esa mente no tengo nada y tengo todo. Y ya que parece ser un profundo conocedor del feminismo, yo le diría: Asómese a ver lo que es y significa feminismo, pero no se quede solamente en las reivindicaciones feministas (que sólo conseguiremos nosotras y nadie por nosotras). Si la lucha de la mujer se limitase sólo a eso no tendría objeto; si usted piensa que el feminismo es sólo eso, no lo conoce ni de ninguna manera lo comprende. En cuanto a la legalización del divorcio le diré que eso es sólo un paso hacia otros pasos más rotundos e importantes, pero queramos o no de momento tenemos que jugar con lo existente, y lo que existe es lo que tenemos. Si todo es una fantasmada, vamos a hacer al menos que sea una fantasmada digna y humana, por lo pronto así: La mujer es un ser humano igual al hombre, liberemos a la mujer (está más oprimida) y con ella al hombre, ataquemos la fantasmada por la base para acabar con el germen que la produce. Creo que la mujer puede asumir una doble militancia sin caer en contradicción, ya que su lucha no es contra el hombre (no es lo mismo machismo que hombre,

no lo olvidemos), sino con y al lado de éste. No somos mujeres antihombres, ni aplastahombres, queremos con él liberar la sociedad entera.

Si todo esto no le parecen razones lógicas y suficientes, si sigue creyendo que no hay nada que hacer, si quiere destruirlo todo de golpe y porrazo sin dar ninguna solución práctica y positiva, si piensa que todo está perdido, entonces, amigo, crucémonos todos de brazos a esperar por los rincones algún MANA imaginario, lo que es tan absurdo que, puesto que morimos, lo mejor sería no comer, no dormir, no moverse, no luchar, porque para qué, ¿verdad? ¿O es que no es eso tampoco y usted no es más que un machista que se siente a disgusto en su propia piel al tener que disimularlo? Por último, le diré que los feministas no pretendemos convertirnos en iguales a hombres para vivir bajo los mismos sistemas y condiciones que el hombre ahora, pero el mundo no se cambia con escépticos, ni se cambia sólo; al mundo lo cambia el hombre y la mujer, lo cambia la conciencia de la humanidad y el compromiso colectivo por salir de cualquier esclavitud y para salir hay que empezar por lo que se tambalea para deteriorar lo demás.

Ni las cadenas de los fantasmas se cortan solas...

Atentamente, Conchita.»

«PD., en rima: Don Juan, don Juan, ay, se le ve el plumero, se le ve: en lo ácrata, en lo confuso y en lo altanero.

Escribe José MIRALLES CALM

EL Diario Anecdótico.

«Dime un nombre que recuerdes de cualquier escritor español de cualquier época.» Que esta era la pregunta que el indocumentado y zafio profesor formulaba al examinando para salvarle en el último momento.

—Es que no recuerdo ninguno.

—¿Eres del Madrid o del Bilbao? —preguntaba ahora el profesor nada inesperadamente.

—Del Madrid.

—Eso te salva; vete al recreo.

En mis años de escuela preparatoria para el bachillerato, allá por los años 55 ó 56, disfrutaba yo de las enseñanzas de un grotesco profesor provinciano, casi autoridad local, que en más de una ocasión dejó sin recreo a media clase por ser del Bilbao y no del Madrid. No es raro que, dadas las características de aquel horripilante individuo, una de las lecciones que con más tesón nos hiciese aprender fuese la alineación del Real Madrid. Saber quiénes eran Galdós, Machado o Jorge Manrique constituía una inutilidad y hasta podía ser causa de deformación humanística.

Metra Seis ha publicado hace unos días una encuesta bajo el título «La cultura del franquismo», según la cual el 42,2 por 100 de los encuestados no recuerda, como aquel examinando, ningún nombre de ningún

escritor español vivo o muerto.

Aquel oscuro profesor y todos los que como él han sido hicieron estragos, como se ve.



Pasados unos pocos años, en la Escuela Oficial de Periodismo de Madrid, lugar inhóspito y harto absurdo, también tuve un profesor de Literatura, éste sabio, liberal y desenfadado, cuyas clases eran como un oasis en medio de la vulgaridad y desidia de la Escuela. Recuerdo con gratitud que ante determina-

dos juicios que en cierta ocasión me permití emitir contra ciertos aspectos plúmbeos de algún escritor del 98, el profesor se mostró interesado y hasta complacido, lo que fue de agradecer. A las demás clases dejé pronto de asistir, con lo que pude aprovechar mejor mi tiempo, o desaprovecharlo igualmente, pero a mi antojo. Al final del cuarto curso, tras de conseguir el increíble beneplácito profesional y del jurado de examen de grado —grado cero, supongo—, el Ministerio tuvo a bien concederme un hermoso título. Con este título y el carné correspondiente de Prensa en el bolsillo, he defendido siempre que he tenido ocasión y me lo han permitido, el intruismo periodístico, igual que ahora defendiendo la innecesaria convalidación de este título por los estudios de la Facultad de Ciencias de la Información.

Ahora ya no hay Escuela Oficial de Periodismo, sino Facultad de Ciencias de la Información. Pero para el caso...



CONCURSOS

● CONCURSO DE CUENTOS LA FELGUERA 1977.—El próximo 20 de marzo finaliza el plazo de admisión de este concurso de cuentos, cuyo primer premio es de 100.000 pesetas. La extensión será de 6 a 12 folios, y el envío deberá hacerse a «Apartado 96 de La Felguera (Asturias).

● CERTAMEN PERIODISTICO SOBRE LA HISPANIDAD.—El excelentísimo Cabildo Insular de Gran Canaria convoca el premio Hispanidad, dotado con 60.000 pesetas, y dos accésit de

20.000. El plazo de entrega de los originales que hayan sido publicados finalizará el 1 de septiembre del año en curso y deberán ser enviados a Casa de Colón, calle Colón, 1 (Las Palmas de Gran Canaria).

● VII CONCURSO CIUDAD DE TARRASA.—La localidad catalana convoca su certamen anual de: ensayo, cuentos, poesía, reportajes periodístico y reportaje radiofónico. Todos ellos están dotados con dos premios de 25.000 pesetas, uno para originales en castellano y otro en catalán. El plazo de envío finaliza el 15 de marzo y los originales deben ser enviados a calle San Pedro, 38 (Tarrasa).

LA MANIPULACION GENETICA

REBELION DEL HOMBRE CONTRA SU PAPEL EVOLUTIVO

- Una ley norteamericana permite guardar en secreto las investigaciones sobre los procesos de la vida
- Controversias en torno a la eugenesia, la fecundación "in vitro" y otras experiencias

El saber ni es inocuo ni sirve para mantener los consuelos transitorios con los que solemos apuntalar el tinglado social. Al contrario, todo auténtico saber zapa nuestras ingenuas certidumbres, esa confusa red de ilusiones atávicas, artículos de fe e ideologías más o menos científicas, mediante las cuales pretendíamos «conjurar lo imprevisible». Tal ha sido el papel jugado por el avance del conocimiento biológico en las últimas décadas. Biología molecular y genética han trastornado algunas de nuestras más íntimas y ocultas creencias: creíamos, por ejemplo, que la reproducción se subordina al individuo, que es una forma de prolongar la vida y de compensar la muerte; la biología moderna nos ha enseñado que el individuo (el hombre), la sexualidad y la muerte no son sino los medios de que se vale «lo viviente» para reproducirse.

Foucault lo dice con claridad al comentar la obra del biólogo François Jacob: «En el transcurso de la evolución, lo viviente ha sido una máquina de duplicación mucho antes de ser un organismo individual.»

Tal vez sea en este azaroso y drástico conocimiento, donde haya que buscar el origen de las sordidas formas de manipulación genética a que el hombre se está entregando. Si «lo viviente» es lo primigenio, lo que, como un eslabón más de su cadena, nos ha hecho nacer —nos negamos a subordinarnos, nos rebelamos contra el papel de servidores efímeros del proceso de la vida—, tratamos por todos los medios de reconvertir nuestra función en la espiral evolutiva. El mito de Frankenstein, la pretensión de organizar lo más inorganizable, el azar que ha hecho nacer la vida y la inteligencia en el laboratorio, obsesiona a nuestros científicos y es así, lento pero seguro, cómo el hombre sigue ampliando el espectro de posibilidades de manipulación sobre su mecanismo reproductor, sobre su propio código genético y, por supuesto, sobre el de animales y plantas.

Los objetivos confesados de la investigación y manipulación genética son bastante pobres: la obtención de variedades convenientes de plantas y animales que puedan ayudar a paliar el hambre mundial (objetivo de consecución no muy difícil que queda siempre diferido y aplazado y para el que, además, habría otros medios como la planificación demográfica, la transformación de las estructuras sociales, el freno a la escalada del consumo alienador...); y el tratamiento de enfermedades hereditarias como la hemofilia, la diabetes, el mongolismo o la sordera. En el horizonte, periódicamente, vemos dibujarse el fantasma de la «eugenesia positiva» como posibilidad de más largo alcance de la genética. Ya Herman Muller (premio Nobel) propugnó la «selección germinal», es decir, la planificación reproductiva a base de bancos de espermatozoides e inseminación artificial, con el funesto fin de lograr una pretendida «mejora de la especie». Pero el panorama de la manipulación genética es confuso y conviene para vislumbrar, siquiera esquemáticamente, su alcance, pasar revista a los hallazgos y encrucijadas que actualmente se plantean.

CIRUGIA GENETICA

La cirugía genética, conocida también por «ingeniería genética», se ocupa de las transformaciones de la maquinaria celular de organismos superiores, a través de la modificación del material o del comportamiento genético. Corrección artificial, sustitución o adición de genes con base en los descubrimientos de la biología molecular y otros manejos han desembocado el año pasado en el logro de la primera síntesis química de un gene en probeta. Los pasos subsiguientes, algunos muy extendidos, se dirigen hacia la cirugía molecular sobre los cromosomas: agregar o retirar el ADN en los lugares precisos; descubrir los vehículos apropiados para introducir el gene en las células; perfeccionar las enzimas que abren, juntan, atan o reparan el ADN celular; evitar los rechazos a escala molecular. Las aplicaciones de toda esta «industria de la vida» ya han sido apuntadas: tratamiento de enfermedades hereditarias e insuficiencias metabólicas u hormonales y producción de nuevos tipos de plantas y granos más fáciles de cultivar. Dos tipos de experimentos se han popularizado en los laboratorios: el primero consiste en introducir un gene en una bacteria para conferirle resistencia a los antibióticos, y luego, investigar y eliminar dicha resistencia; el segundo consiste en introducir genes procedentes de virus o animales en una bacteria. En este nivel de investigación la alarma se centra en la posibilidad de que, inadvertidamente, pudiera extenderse una bacteria inmunizada e indestructible. El riesgo es tal que ha dado lugar a numerosas polémicas. El año pasado, una larga lista de biólogos, encabezados por el premio

Nobel James Watson, solicitó un control e incluso una moratoria sobre este tipo de investigaciones, protesta de la que numerosos países se hicieron eco. Un telex recibido la semana pasada confirma que la controversia se ha avivado en los Estados Unidos: una reciente circular del Ministerio de Comercio estadounidense permite que empresas privadas guarden silencio sobre el resultado de sus investigaciones para evitar la violación del secreto comercial, y señala que dichas sociedades deben solicitar las correspondientes patentes «cuando hayan creado nuevas formas de vida en el laboratorio».

REPRODUCCION Y SELECCION DEL SEXO

Hasta hace algunas décadas, la manipulación de los procesos reproductivos y la elección de crías de sexo determinado eran fenómenos limitados a la cabaña agrícola y ganadera. Pero actualmente se han desarrollado diversos sistemas aplicables al ámbito humano. La amniocentesis, por ejemplo, consiste en pinchar el vientre de las mujeres embarazadas, penetrar en la matriz y la placenta y extraer algunas cé-

lulas de líquido amniótico, con el fin de detectar anomalías, como el mongolismo, y limitadamente para conocer el sexo del feto en los casos en que la mujer puede transmitir enfermedades si su hijo es de un sexo determinado. Esta forma de acceso preventivo al conocimiento del sexo del feto ha creado una demanda y ha impulsado nuevas técnicas de precognición del sexo, como el análisis de la sangre; sin embargo, perfeccionar estos métodos exigirá unos diez o veinte años de investigaciones, según los expertos. Supongamos, de todas formas, que la detección pudiera realizarse en periodos tempranos del embarazo y que, en definitiva, la pareja pudiera decidir el sexo de su hijo dejando desarrollar sólo los embarazos favorables. Se han efectuado sondeos que muestran que, en esta hipotética situación, habría preferencias por la descendencia masculina, y se ha calculado que estas preferencias podrían tener consecuencias demográficas y sociológicas fatales.

FECUNDACION EXTRACORPORAL Y CLONACION

Por el momento, las experiencias más espeluznantes se refieren a proceso de fecundación de óvulos femeninos fuera del clastro materno (fecundación «in vitro») y su posterior implantación, tras un cierto grado de desarrollo embrionario, en la matriz de la mujer. La citada posibilidad, ya experimentada con éxito en alguna ocasión, ha despertado una multitud de oposiciones y no sólo por sí misma, sino por los usos que pudieran darse a los embriones artificialmente sostenidos con vida entre las paredes de vidrio de una probeta. Experimentar con embriones humanos en el laboratorio es una de esas pesadillescas posibilidades de los investigadores que entronca con la imagen del científico-demiurgo descrito por Wells en «La isla del doctor Moreau».

Pero demos otro salto adelante. La transferencia de embriones juega un papel en otro proceso de posibilidades inauditas: la clonación. En la década de 1960, el citólogo Gurdon demostró que las células especializadas de un animal adulto conservan toda



la gramática de instrucciones genéticas. A partir de un clon, conjunto de células derivadas de la célula simple de un renacuajo que Gurdon insertó en una hembra de la especie, el investigador obtuvo una serie enorme de renacuajos-copia del donante. Un nuevo campo de posibilidades aterradoras quedaba abierto y no hay que dudar de que la ciencia, como un buen perseguido, seguirá rastreando por estos vericuetos. A partir de la clonación, algunos autores han extrapolado ejércitos de soldados gemelos, legiones de trabajadores indiferenciados que constituirían la nueva raza de esclavos y otras fantasías por el estilo. Lo cierto es que, por el momento, la clonación es impracticable entre los mamíferos. Podemos, pues, considerarnos a salvo de este novedoso registro de la angustia, la miseria y el caos. Al menos por algún siglo o tal vez sólo por algunos años.

J. A. UGALDE

La rondalla de la costa o naufragar en el Mediterráneo

La Rondalla de la Costa llegaba a Madrid, presentada bajo una etiqueta seductora. Xavier Batles y Victor Aman, antiguos creadores y animadores de la prestigiosa Orquesta Mirasol, habían dado un giro a su música y comenzaban un trabajo basado en las músicas populares de los pueblos cercanos al Mediterráneo, mar que ha «bañado» sus anteriores trabajos.

Antes era la «salca catalana», sabrosa mezcla entre la vanguardia del jazz-rock (Miles-Hancock - Corea...), cierto sabor latino, sobre todo en lo que concierne al adorno percusivo de los ritmos y un gusto por el empleo de algunos instrumentos (como la mandolina), alejados ahora de la joven música española y, sin embargo, tan cotidianos en nuestras músicas populares, músicas que durante tanto tiempo nos han sido prácticamente ocultadas.

Ahora, con este nuevo trabajo, la jota, la rumba y la bulería, unidas a músicas árabes o turcas, serán interpretadas desde típicos instrumentos como bandurrias, guitarras españolas, laúdes, mandolinas... y otros de diferentes países. Esta amplia sección de cuerda, unida al piano-sintetizador y a las percusiones latinas, hacen a priori un concierto muy apetecible.

La Orquesta Mirasol había dejado un buen recuerdo. Fue quizá el primer trabajo en la música rock española, dotado de un buen nivel técnico. Dos discos en el mercado, el segundo doble, daban cuenta de varios años de trabajo nada común en el panorama del disco

español habitualmente saturado de mediocridad. Composiciones propias, precisión al interpretarlas, arreglos trabajados, improvisaciones claras, concretas e imaginativas, un buen armazón armónico y una alegre concepción rítmica unidas a un suave sonido era un brillante comienzo para unos jóvenes músicos que pretendían salirse del oscuro trabajo de acompañantes de cantantes para hacer una música autónoma en la brecha del jazz-rock, pero donde se veía ya un gusto por los temas latinos y mediterráneos.

El giro que ha experimentado ahora su música es por eso un giro muy lógico y, en cierta manera, esperado. Es una toma de postura frente a la elección de estilo.

Para mí, la puesta en marcha de este estilo es lo que invalida esta clara y valiente posición teórica.

Creo que respecto a composición, precisión en la interpretación, puesta en escena y, en general, respecto a la belleza de la música interpretada, La Rondalla ha perdido alegría y calidad.

Yo sé muy bien que no es fácil para un joven músico aprender una técnica instrumental en un país donde no hay escuelas, donde los conservatorios acaban por ahogar la imaginación, donde es difícil escuchar las bellas músicas populares, donde no hay fiestas con músicos que las amenicen, y así aprender la técnica de un instrumento. Buscar nuestras más cercanas raíces se convierte en una abrupta tarea de investi-



gación sin ningún medio ni ayuda. Cuán diferente sería nuestra joven música sin con una organizada política hubiera una protección a los que constituye nuestra tradición musical encarnada en las innumerables bandas, corales, orquestas, rondallas, conjuntos folklóricos, instrumentistas, etc.

En el concierto de Madrid de hace unos días, La Rondalla estaba formada por un cantante, tres percusionistas, tres guitarristas, bajo, piano-sintetizador y diversos instrumentos de cuerda, interpretados la mayoría de las veces por el bajista del grupo, Xavier Batles.

En general, el sonido era confuso, a pesar de ser la sala una de las mejores dotadas de Madrid y poseer el grupo un equipo de amplificación capaz de llenar claramente el espacio de ésta. Mala mezcla que dificultaba enormemente la apreciación de cada instrumento.

Las guitarras pasaron prácticamente inadvertidas y en las escasas ocasiones que se dejaron oír carecían de una mínima estructuración rítmica y armónica, que, unido a veces a un desafinamiento de las gui-

tarras producía un confusionalismo bastante desagradable.

Las percusiones, divididas en una batería, congas, bongos, timbales y diversos cencerros, panderetas y castañuelas, adolecían también de esta inconcreción. Faltaba un ritmo claro alrededor del cual estuvieran aglutinadas las diversas percusiones.

Esta fue la triste e inesperada sorpresa del concierto. Aburrimiento, a pesar de la pose de naturalidad con la que se desenvolvían los músicos. Una larga improvisación final, en el terreno del jazz-rock, mostró cuál es el momento actual de La Rondalla: incapacidad para desarrollar un clima musical y desorganización en cada una de las secciones.

Tristemente, las posiciones técnicas no bastan. Nos hace falta además una madurez musical capaz de llevar a buen término esas buenas intenciones.

Aún queda mucho trabajo por delante, pero ya se empieza a ver el camino de los jóvenes músicos españoles y sus ganas de recobrar el tiempo perdido.

Javier ESTRELLA

FIN DE SIGLO
Por Santos Amestoy

LA PALABRA Y LA IMAGEN: CARLOS RODRIGUEZ SANZ

aje, dialogan en plano-contraplano y se suceden o se funden encadenadamente.

EN un reciente y magnífico artículo, Rosa Pereda ha señalado de este libro la misteriosa relación entre la palabra y la imagen. Hay algo más. Se ha tratado de construir una serie de sucesivas imágenes como quien construye un poema; de dar un sentido temporal al conjunto. He aquí la relación entre el discurso escrito y el visual: el tiempo, que al penetrar a ambos, los arroja al mismo continuo poético. («PERDON HE DE PEDIR A LA LUZ Y A LA SOMBRA / PORQUE ENTRE ELLAS HE OSADO INCORPORAR / UNA TURBIA Y TEMBLOROSA IMAGEN», escribe el poeta, y luego añade: Y SU DIALOGO, / ENTRECORTADO / ME HA SUSPENDIDO EN UN FULGOR PREMATURO»). El texto de Rodríguez Sanz se compone de un conjunto de poemas brevísimos, especie de «haykays», poesía aforística o gnómica de gran concentración expresiva. De los dibujos uno reconoce fácilmente a Urcoilo, y en la lista final reaparecen viejos y entrañables nombres que no circulan por el mundo de las galerías, pero sí por el mundo de la ilustración (así Horacio Helena), o descubre con sorpresa que Angel Fernández Santos dibuja de una manera que recuerda a Baroja, y que dibuja Eduardo Haro Ibars y Ana María Pelgrin, y Jorge Bonino... Y al final del libro, una advertencia: que para editarlo se ha constituido una cooperativa económica, y que los cooperadores advierten que, al no tener ánimo de lucro, el libro no debe venderse a un precio mayor que el señalado y que —añado yo— es muy bajo en relación con el de ediciones de similar textura. ¿Y por qué este esfuerzo?

NO debe ser fácil hacer público el testimonio de unos deseos imposibles. Rodríguez Sanz recuerda los temas del co-

nocimiento, la fiesta, el ser, el tiempo, el amor, que es la única perversion; la revolución posible, imposible e improbable; la memoria, que es la historia de las mutaciones; la identidad, que es una conjugación de azares; el fin del tiempo, que, como allí también se dice, es el punto en el que todo es memoria... Alguno de aquellos aforismos podrían haberse escrito hace tiempo en las paredes: «LA LIBERTAD ESTA ENTRE LOS PUCHEROS». Y finalmente: «LA REALIDAD ES UNA CHAPUZA». Esto, al menos, responde a muchas interrogantes.

● SAVATER: ¿QUE TIENE EL QUE SU AMISTAD PROCURAN?

EN el último número de «Ajoblanco» y en un dossier (que no es el mejor de la segunda etapa de la revista), sobre la «contracultura», Fernando Savater declara, más que su estupor, su hastío por la afición que le tienen los del rollo contracultural. En su contribución al dossier, lo manifiesta, y advierte que es la última vez que se deja. Por lo visto, no hay mesa redonda o dossier sobre el tema a los que no sea reclamado. Dice de la «contracultura» que «no es más que un invento de snobs americanizantes, incapaces de aceptar el reto de esfuerzo y dolor que plantea el verdadero pensamiento». Antes de llegar a este extremo, hace un strip-tease al revés, del que sale de toga doctoral revestido; asegura que es de gustos más bien conservadores; que le gusta la música llamada clásica y que tiene una sólida formación humanística. En una palabra, se pone adulto, posa de persona mayor para que los niños nunca jamás se acerquen a él. Pero enseguida reconoce que los niños le oyen como si oyeran llover; le dan una palmadita en el hombro y a los tres o cuatro días le vuelven a llamar para que participe en otra mesa redonda. Savater, justamente irritado, define concluyentemente: «LA CONTRACULTURA ES UN TEMA TAN IRRELEVANTE, FICTICIO Y NIMIO QUE NI RESISTE NI MERECE DISCUSION ALGUNA». Y grita: «¡La contracultura me la suda!»

Sin embargo, todo hace prever que gracias al artículo que comento, Fernando Savater no se va a quitar de encima, así como así, a los niños contraculturales y es muy posible que haya de padecer mayores y empalagosas reincidencias «Aprender que el Amor es creador en Platón —proclama— que la morada del hombre está junto al dios, en Heráclito; aprender en Marx y Bakunin que hay sueños de los que, una vez soñados, nunca se puede despertar; atreverse a la aventura



Libro de Imágenes sobre un texto de Carlos Rodríguez Sanz



de la fuerza y de los amos sin esclavos que predicó Nietzsche; repetir con Adorno que «por mor de la felicidad se renuncia a la felicidad»; así sobrevivirá el deseo en el arte». Es de temer que este recital de principios va a entusiasmar más aún, si cabe, a los maltrechos peregrinos de la contracultura, a la que Savater, por su parte, opone el término-emblema de la «cultura inmanejable».

—Esa es la que yo quiero —me decía el contracultural que leía el «Ajoblanco» por encima de mi hombro, en el bar de la calle de la libertad.

Me parece que le estoy oyendo: «¿Qué tengo yo —escribe— que mi amistad procuran?»

Esta es la cuestión. En tanto no halle respuesta a su pregunta, a Savater no se le va a arreglar lo suyo.

ENCUENTRO CON BALTASAR PORCEL

(Viene de la página 28)

en los sesenta un impulso que, en estos últimos tres o cuatro años no hay.

EL MARCO IDEOLOGICO

—Tu libro «Desintegraciones capitalistas» no fue sólo una colección de artículos en torno a la experiencia de los sesenta. De alguna manera, traza el marco ideológico en el que se encarraba tu contemplación de aquellos años.

—Define y ataca —responde— a los años sesenta. Es un libro que canta la libertad del sol en Formentera y del encanto de los templos del Nepal, combate el consumismo la ley de la selva neoyorkina, el imperialismo ruso... Visto ahora me parece excesivo, ni Norteamérica era tan terrible como yo la pintaba ni la revuelta juvenil tan idílica. Pero que yo o el mundo hayamos echado agua al vino no quita un ápice al entusiasmo libertario que aquellas páginas contienen.

—¿Cuál es tu actitud hacia el marxismo (la pregunta, le explico, tiene su fundamento, dada la implantación de la ideología marxista en un buen sector de la cultura española durante aquella década).

—Sencillamente —declara— no soy marxista. Considero que en el marxismo hay cosas de interés y útiles, como las hay en el budismo o en el keynesianismo, pongo por caso. Y aceptando esto y hasta asumiéndolo, no soy fiel de esa iglesia, porque considero al marxismo dogmático, determinista, coaccionador y porque no me gustan la Unión Soviética ni sus satélites. Proudhon, Kakinin y Koprotkin despiertan en mucho mayor grado mi interés. En España, por los años de los que estamos hablando, conocimos

una notable marxistización, a mi juicio, por dos hechos básicos: salimos del franquismo y del catolicismo, dos dogmáticas en definitiva, y desorientados, caíamos en manos de otra dagnática.

—Según esto —le señalo—, ¿no es esto una contradicción con el entusiasmo que manifestaste en tus artículos a raíz de tu entrada en China, la primera, por cierto, de entre las de perodistas españoles?

—Es que China no es exactamente marxista... Mao dice y se contradice y a menudo. Y para seguirle hay que contrastar siempre sus teorías con la práctica. El anarcosindicalismo era muy importante en China a principios de este siglo. Mao mismo leyó ante a Bakunin que a Marx. El mismo se lo dijo a Snow. En Shangai, el 27, Chian Kai Chek mató, si, comunistas, pero a muchos más sindicalistas... Mao siempre ha tenido llos con el Partido, incluso le han expulsado alguna vez. Su idea sobre el campesinado es lo contrario a lo sostenido por Lenin... En definitiva, en sus ideas de revolución permanente hay más de Bakunin que de Marx, Lenin o Stalin —y dejemos a Trostsky, que bebí en los ácratas lo que de mejor tiene—. Y en las comunas y el colectivismo hay más de Koprotkin que de cualquier pensador marxista-comunista. De ahí mi interés por Mao y su China. De la cual rechazo su falta de libertad, esta horrible plaga del comunismo. Ojalá el eurocomunismo pueda demostrar con echos que es democrático, ojalá.

AL FINAL, «CABALLOS HACIA LA NOCHE»

En lo que va de la presente década, la redacción

catalana y castellana de «Caballo hacia la noche» protagoniza la actividad creadora de Porcel.

—Probablemente —confiesa— es cierto que «Caballo hacia la noche» es mi mejor o menos mala novela. Trabajé cinco años en ella, en su versión catalana. Después, un año y medio, en la castellana. Este libro abstracto, radiante, misterioso, que gravita ante tu imaginación, es el que he procurado «captar» con toda su complejidad, su porosidad. Y hasta que no he creído conoquerlo, no he parado. Quiero decir que no se trata aquí de conseguir un libro mejor o peor, sino de reflejar un microuniverso. En principio, el narrador que vive en París, recuerda y reconstruye a través de la memoria oral y de archivos la historia de su estirpe, casi trescientos años en un aislado pueblo insular, mallorquín. Un mundo multiplicado. Pero, a la vez, busca su propia identidad, rechazando y amando a sus antepasados. Y, a la par, hay una subterránea huida hacia la utopía. Durante toda la novela se sigue el rastro del papado herético y medieval de don Pedro de Luna y el Cisma de Occidente. Es un libro, pues, que avanza en superficie, abriéndose también en profundidad y fuggándose hacia arriba. También, el horror a la muerte, al maldito polvo del olvido, al recuerdo y su morbosidad y hasta un ardor de vida a ratos sensual, orgiástico, incluso violento. Y el ensimismamiento poético... Porque al final, quizá todo haya sido una superchería, desde el papado herético hasta la misma estirpe de los Vaddell, la que tiene en la torre de su semiderruido caserón la banderola de los tres caballos dorados sobre un fondo negro... Caballos galopando hacia la noche.

“EL TORNILLO”, de Manuel Hidalgo (Homenaje a Miguel Hernández)



EL pasado viernes se presentó en Puente Cultural la obra de Manuel Hidalgo Muñoz, «El tornillo» (homenaje a Miguel Hernández). Con dirección de Manuel Dicenta y comentarios de José Monleón se leyeron algunas escenas de la obra y posteriormente se celebró un coloquio en el que intervinieron numerosos admiradores del fallecido escritor de Orihuela.

En la creación del texto teatral, Muñoz Hidalgo, según sus propias palabras, ha utilizado muchas de sus conversaciones directas con los testigos de la muerte de Miguel Hernández en el Reformatorio de Adultos de Alicante. «El tornillo»,

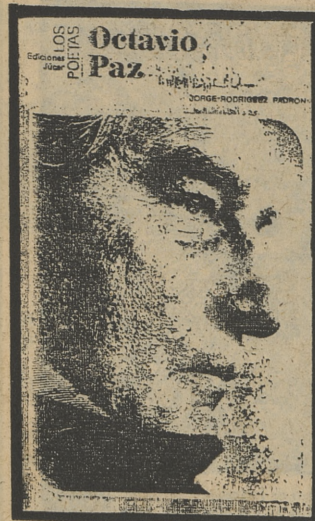
pretende reflejar la vida carcelaria y el nudo de relaciones que se establecen entre siete presos de distintos partidos políticos, homenaje a Miguel Hernández y a todos los que igual que él han padecido o padecen cárcel y persecución» —señaló el autor.

La tarea literaria de Muñoz Hidalgo, nacido en Murcia y criado en Orihuela, abarca la poesía («Cosas de la tierra», «Navidad», «Yo mismo», «Ejes de vida», «Pueblo y escarnio» y «Semillas»); el teatro («La escaracha», «El herreño de Betsaida» —adaptada por TV. E.—, «Cuadrícula», «Ingenio contra usura» —representada por el T. E. I. en el teatro Ma-

ría Guerrero—, «Momos en la Nochebuena», «Pictodramas con artículo» y «El tornillo»), y el ensayo (el autor prepara, actualmente, una biografía del poeta Juan José Domenchina, que fue secretario de Aznar, y otra sobre Fray Juan de la Puebla, místico del siglo XVII).

Muñoz Hidalgo, que se reconoce profundo deudor de las experiencias sociales que le rodean, trata —según su expresión—, de producir una poesía y un teatro de corte empírico: «Procuro no dar la espalda al mundo que me rodea, aunque no es mi intención afirmar categóricamente que, tomando como base al hombre, el autor no pueda recrearse en abstracciones». Impulsor, asimismo, del «precisionismo» en poesía, Muñoz Hidalgo dirige el aula cultural Instituciones Culturales Vox y la colección «Taller de poesía» que edita el citado organismo, por cuyo estrado pasó, recientemente, el poeta Gabriel Celaya. «Escritura en el agua», selección de poemas de Octavio F. Uña Juárez, es la última publicación de «Taller de poesía».

J. A. U.



"OCTAVIO PAZ", de Rodríguez Padrón

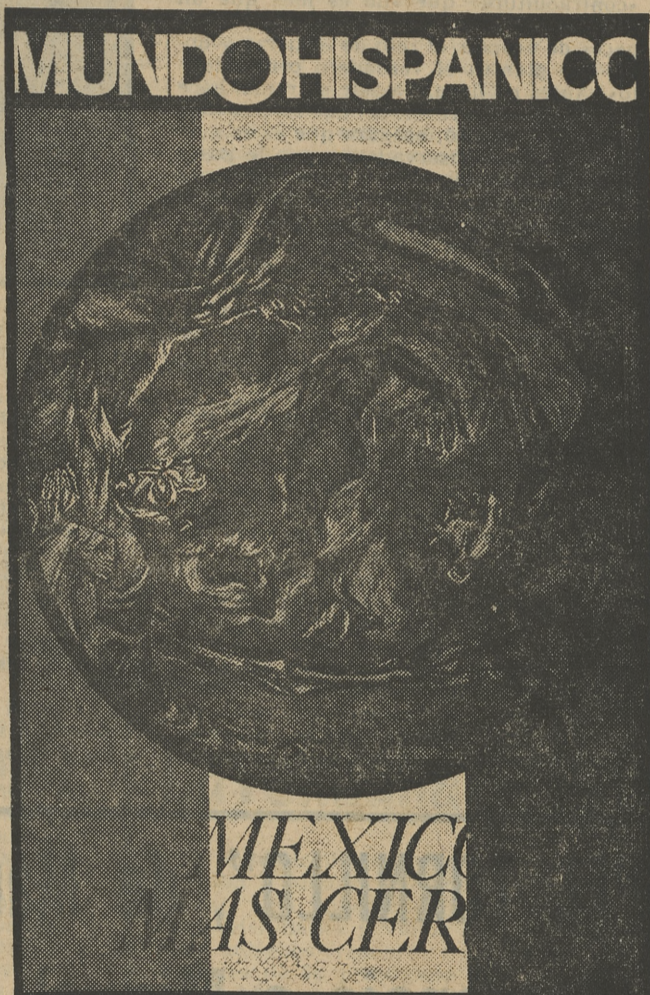
◆ Y unas declaraciones de Tomás Segovia a "Mundo Hispánico"

El último número de la revista «Mundo Hispánico» aparece dedicado —con la oportunidad, sin duda, del tema, comentado hoy en todos los medios de comunicación, de la seguramente pronta reanudación de relaciones entre los dos países— a Méjico. «Méjico, más cerca», lleva como lema. Atención para esta nueva etapa de la revista, mejorada en todos los aspectos bajo la dirección de José Luis Castillo Puche. En este número aparece una entrevista, firmada por Angel Leyva, con Tomás Segovia. Este escritor, nacido en Valencia en 1927 y residente en Méjico desde los trece años, es muy poco conocido entre nosotros. Parece que va a alternar sus estancias fuera de España con frecuentes temporadas aquí. Fui presentado a él recientemente en Madrid por Ricardo Gullón y quedamos emplazados para un largo conversar en su próxima visita. La entrevista de Leyva me anticipa algunos temas de lo que sin duda ha de constituir nuestra conversación. Hay una respuesta del gran poeta y ensayista que me ha llamado la atención. Comentando los efectos positivos que pueden deducirse del aparato publicitario y comercial desplegado con el llamado «boom» de la narrativa hispanoamericana, dice Tomás Segovia que en los otros géneros no se ha correspondido idéntico contacto. «En los otros terrenos de las letras —dice—, desde que estoy en España no oigo mencionar más que un solo nombre, siempre el mismo: Octavio Paz. Sospecho que están haciendo de ese nombre una coartada para ignorar todo lo demás. Es la mentalidad casquista que compartimos todos los que hablamos español, pero cuyo origen parece estar en la Península, y que consiste en enunciar siempre la historia *ad hominem*».

Temo que tenga Tomás Segovia toda la razón al referirse a Octavio Paz, que viene a ser para nuestros cenáculos algo así como en otro tiempo fuera Pablo Neruda y, anteriormente, Rubén Darío. Mas pienso que lo peor no es eso, sino hablar mucho de él sin conocerle más que de oídas o de leídas superficiales. El mejor conocimiento lleva inevitablemente a ampliar el espectro. Efectivamente que este caciquismo de que habla Tomás Segovia nos llevó a polarizar en unos cuantos nombres —los que realmente lo constituyen— el «boom» de la narrativa. Pero una profundización mayor de la simple aceptación en las cuatro figuras del mismo —García Márquez, Vargas Llosa, Carlos Fuentes y Cortázar—, en la que participamos los comentaristas de periódicos y revistas, junto a los estudios aparecidos en libros de allí y de aquí extendió la onda que no ha cesado todavía a nombres anteriores y posteriores que adquirieron en seguida para nosotros un relieve inusitado. Citaré solamente los ejemplos de Borges, Onetti, Rulfo, Múgica Lainez o Roa Bastos. Hasta ahora Octavio Paz ha sido solamente

noticia de unos cuantos libros suyos publicados aquí y cabrilleo continuo de rutilante citas. Mas, por primera vez, un crítico español ha tomado en peso específico su obra. No es todavía más que una reflexión muy apretada, pero introductoria. Y parece como si al emprender su tarea hubiera pensado en algo parecido a lo de To-

tales tan lejanos como pueden ser los de Oriente y Occidente, su búsqueda del lenguaje, el diálogo entre el hombre y el mundo en su escritura, la realidad histórica nativa, la asunción y clarificación del itinerario en que le toca producirse, el erotismo en su poesía como búsqueda de una sabiduría perdida, son, entre otros, los



más Segovia. La coartada que amenazaba a este crítico, Jorge Rodríguez Padrón, que acaba de publicar en la colección Los Poetas, de Júcar —estudio y antología— «Octavio Paz», era, como él mismo nos dice, el riesgo del deslumbramiento a nulador del más elemental sentido crítico. Pero luchó con este riesgo porque le pareció de una utilidad absoluta de situar al poeta y ensayista mejicano en un panorama crítico, lo más riguroso posible. Aprendiendo del propio Paz, analiza su obra ateniéndose encontrando en ella su crucial importancia en las letras actuales por la «especulación sobre el discurso y las posibilidades de crítica que él mismo permite». La simbiosis entre el poeta y el crítico, la sugestiva conjunción de aportes cul-

ejes y puntos de referencia en que se mueve el trabajo de Jorge Rodríguez Padrón. Tiene muy en cuenta, y eso me parece un gran mérito, su atención por los juicios expresados por comentaristas españoles que cita oportunamente, especialmente los de los más jóvenes, como Pere Ginfrer o José Luis Jover, o lo que más extensamente han hablado de él, como Félix Grande. Ha sabido penetrar en el sentido y el ejemplo de un libro clave de paz, como «El mono gramático» en el que, dice, «se sincronizan adecuadamente, y con una visión y sagacidad increíble, los fundamentos teóricos de la creación literaria, al tiempo que se nos ofrece su explicitación y materialización prácticas». Salvemos la coartada.

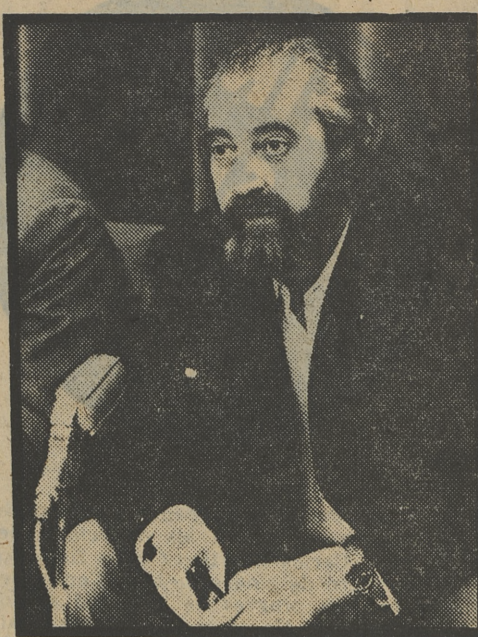
cuaderno de 6 días
Por Dámaso SANTOS

Escribe

Juan José MILLA

EL LIBRO-META DE ANGEL GONZALEZ

◆ "Muestra de algunos procedimientos narrativos y de las actitudes sentimentales que comportan"



PERSONALMENTE no tengo nada en contra del endecasílabo, a no ser la desconfianza —por otra parte saludable— que uno guarda hacia todo aquello en que ha sido educado. Se da además la circunstancia de que este metro, en virtud de sus múltiples posibilidades combinatorias, parece ofrecer al que lo cultiva un campo apenas explorado, cuando en verdad es una ratonera, una trampa de la que cada día resulta más difícil escapar. Pronto advertimos, por ejemplo, que lo que tomábamos por un verso no era sino un hemistiquio, ya que en la mayoría de los casos el juego topográfico añade poco o nada a la intención del contenido. El encabalgamiento, en otras palabras, cuando no es brillante es inútil.

Si es cierto que los hallazgos de orden ideológico están precedidos de algún modo por hallazgos de tipo formal no sería difícil contabilizar los primeros en la poesía española, dada la pesadez con la que se ha utilizado este ritmo. Parece que los esfuerzos de nuestros modernistas por introducir en la métrica castellana cadencias provenientes del latín fueron inútiles a la vista del escaso número de sus seguidores. El problema, en mi opinión, es grave, y alguno de los escritores que lo han advertido y que han luchado contra la pereza o contra la costumbre han conseguido por lo general resultados espléndidos. Valga, como ejemplo, García Calvo y su «Sermón de ser y no ser», uno de los libros de poesía con mayores valores objetivos de entre los aparecidos en los últimos años.

TOMESE esta introducción como un lamenta general más que como una censura previa al libro de Angel González, cuyo largo título («Muestra de algunos procedimientos narrativos y de las actitudes sentimentales que habitualmente comportan») (1) parece ya una advertencia acerca de sus propias limitaciones. Está dividido el libro en cuatro partes, en cada una de las cuales

se agrupa un pequeño número de poemas. Imagino que esta clasificación —inevitable cuando el conjunto amenaza con salir a la calle— se ha hecho atendiendo más a las semejanzas de orden temático que a las diferencias de orden expresivo o tonal, pues el sonido es casi siempre el mismo: un rumor desolado en el que los valores tradicionales son sustituidos «palabra sobre palabra» por una lucidez artesanal, producto del desarrollo antirretórico de una amargura que no es instintiva ni espontánea; una amargura elaborada más bien de forma minuciosa con abundantes materiales ideológicos. La obra de Angel González es la historia de una supervivencia en un medio en el que vivir estaba perseguido. Pero en este libro agota, a mi modo de ver, no ya los valores gramaticales, sino las posibilidades lógicas en que se venía moviendo, y cuyo fin estaba claramente anunciado en «Breves anotaciones para una biografía» (Inventarios Provisionales, 1971). Con la particularidad de que esta descripción de determinadas actitudes sentimentales se ha convertido ya (si no lo fue siempre) en un reflejo de las actitudes sentimentales del lector, cumpliéndose así, de algún modo, el deseo que Angel González expresara en un poema del libro antes citado: Quisiera estar en otra parte, / mejor, en otra piel, / y averiguar si desde allí la vida, / por las ventanas de otros ojos, / se ve así de grotesca algunas tardes.

«Muestra de...» se trata, pues, de un libro-meta, tras un largo recorrido, en el que la coherencia ha sido el hilo que nos llevaba del conjunto a las partes. No hay conflicto entre sus versos, como no lo hay entre el resto de la obra poética de Angel González; la obra de quien ha preferido siempre mostrar el vaciado antes que la imagen.

(1) «Muestra de algunos procedimientos narrativos y de las actitudes sentimentales que habitualmente comportan». Turner, 1976.

PARMENO

CREO que del olvido casi total en que habíamos dejado a escritores de gran interés, epígonos del 98, empiezan a salvarse algunos. Ya se ha iniciado la revisión del caso aparte que representa Felipe Trigo; reaparece, de cuando en cuando, Eugenio Noel; Fernández-Flores ha sido bien estudiado, lo mismo que otros coetáneos, por Carlos Mainer. (El olvido de éste no ha sido precisamente, como en los otros, por el público, sino por la crítica.) Se vuelve a hablar de Ciges Aparicio. Se reedita ahora José López Pinillos (Parmeno). Primero fue una colección de novelas cortas (Laia, 1975), donde se incluyen los relatos «La sangre de Cristo», «Ojo por ojo...», «Frente al mar», «El chiquito de los quiebro» y «Cintas rojas». Sin duda que se tiene que agradecer mucho estas exhumaciones, al perpetuo historiador, crítico y comentarista entusiasta de la generación de El Cuento Semanal, Federico Carlos Sainz de Robles. Quizá

también al instinto editorial de los retornos cíclicos que la crítica y la reiteración excesiva de unos cuantos nombres del pasado cercano, y las carencias en el presente impulsan, obligando a reeditar.

Parmeno fue un periodista, novelista y autor dramático, que en las tres primeras décadas del siglo gozó de una gran popularidad y alta estimación crítica. Reconociendo sus limitaciones y torpezadas, no ha dejado ningún crítico posterior de reconocer en él al más brillante de los epígonos del 98, dotado de una gran capacidad para caracterizar incisivamente a los personajes y hasta por lo que hoy llamaríamos anticipación del tremendismo de posguerra y de lo absurdo existencial. Fue, con buena y con mala intención, recordado por algunos como antecedente de la narrativa de Cela, especialmente en «Cintas rojas», que indudablemente tiene su parentesco con «La familia de Pascual Duarte». Claro

EL LUCHADOR

J. López Pinillos (Parmeno)



que, en algún aspecto, y lo señala Nora, también lo tiene con «El extranjero», de Camús.

Tremendista y abigarrada, atrayente —y, sin duda, interesante para una comparación del lenguaje culto, pseudoculto y popular de su época con el de hoy— es «El luchador», que reedita ahora Saltés. Los medios periodísticos y teatrales, las pensiones, el Madrid de entonces y un personaje trágico, el joven periodista, a quien corrompe y envilece el ambiente... Merece la lectura.